



PRÓLOGO



Ella nunca sintió que el fuego pudiera ser un enemigo, no hasta que se deslizó como una serpiente por la hierba hacia donde ella estaba sangrando, no hasta que la alcanzó. E incluso entonces, Lotta no gritó de dolor.

Aunque sí gritó por Ansa. Gritó hasta que el humo ahogó el sonido. Sus lágrimas se secaron y formaron una costra salada mientras luchaba por mantener los ojos abiertos. A pesar de no tener fuerzas para levantarse, sus dedos se clavaron en la tierra ensangrentada mientras observaba a uno de los monstruos arrojar a su hija sobre su enorme hombro.

Tan solo dos días atrás había resuelto esconder para siempre a Ansa y mantenerla a salvo, aunque los sacerdotes de la ciudad llegaban con ofrendas de cobre apiladas sobre los aleros de paja. Tan pronto como esa marca roja en forma de llama había aparecido en la pantorrilla derecha de Ansa, Lotta supo lo que significaba. Cuando la familia de su hermano, que había venido desde la ciudad el día anterior, le llevó la noticia de la muerte de la Valtia, solo confirmó su temor. Había oído los fantásticos relatos sobre cómo se elegía a la Saadella, la heredera de la magia de la Valtia. Sabía que la Saadella vivía lujosamente en el Templo de la Roca. Muchos padres darían cualquier cosa por ofrecerles ese tipo de vida a sus hijos.

Pero una vez que la Saadella se convertía en Valtia, una vez que poseía la infinita magia del fuego y el hielo que sostenía al pueblo

Kupari, la vida de la niña no se extendía mucho hacia el futuro. Y nunca tendría hijos. Nunca conocería el amor. Nunca más volvería a ver a sus padres, no desde que la entregaran a los ancianos. Pertene-cía al pueblo y a los sacerdotes hasta el día de su muerte.

Lotta no había podido soportar la idea de entregar a Ansa.

Aunque ahora, de cualquier modo, la estaba perdiendo.

Los asaltantes habían salido del agua como demonios: las hachas resplandecientes, el sudor en sus rostros manchados de suciedad que brillaban a la luz de las antorchas mientras prendían fuego los edi-ficios más cercanos a las dunas. Aferrando su horca, Anton le había gritado a Lotta que tomara a la pequeña Ansa y huyera por los bos-ques del norte, pero no habían tenido oportunidad de hacerlo. Anton había sido detenido a no más de cinco pasos de su casa, y Lotta no había llegado mucho más lejos.

Sin embargo, Ansa... Ella había aferrado el cuchillo de su padre y golpeado a sus enemigos. Con lágrimas que corrían por su rostro, y los chillidos saliendo de su garganta, los había esquivado por en-tre sus piernas, golpeado en sus puntos débiles, se había retorcido lejos de las manos que buscaban sujetarla, y había cortado dedos de gruesos nudillos. Una diminuta niña de cinco años que derramaba la sangre de los bárbaros. A pesar de que la sangre de Lotta corría veloz por sus heridas, se había sentido triunfante al ver la velocidad de su hija, su ferocidad. Esa era Ansa. Nunca podrían detenerla.

Hasta que el de la barba amarilla la atrapó. Ella arañó el rostro que reía y le dio una patada en el pecho mientras la levantaba. El monstruo llamó a uno de sus compañeros en su lengua gutural y confusa, sonriendo, hasta que Ansa le hundió los dientes en el dorso de la mano.

Él gruñó y la dejó caer. El corazón vacilante de Lotta saltó al mismo tiempo que el dolor la devoraba. Pero entonces Ansa echó la cabeza hacia atrás, y sus ojos azules abarcaron la devastación que la rodeaba: la cabaña en llamas, los cerdos que se dirigían hacia la orilla entre chillidos, los demonios que saqueaban su mundo...

No me mires, pensó Lotta. Sigue corriendo.

Pero la mirada de Ansa se fijó en ella. Y la imagen de su madre, moribunda entre las llamas, pareció congelar a la niña donde estaba.

Barba Amarilla la levantó de nuevo. Ansa se lamentó, con los delgados brazos extendidos.

—¡Mamá!

Te amo, pensó Lotta mientras la oscuridad se cerraba. Nunca dejes de pelear.

Un día serás lo suficientemente poderosa como para matarlos a todos.

Un día nos vengarás.